

el interior. Por él, sabíamos qué estaba escribiendo Julio Olaciregui o Ramón Illán Bacca o leíamos los primeros poemas y cuentos de Joaquín Mattos o de Clinton Ramírez. Dedicaba la misma atención al último manuscrito de García Márquez que a la primera novela de un Maestro de Sahagún. Para cada uno tenía su comentario amable.

La sorna barranquillera decía que vivía del cuento. Y algo de verdad había en el chiste, pues no hubo concurso nacional, regional, municipal y veredal en que no fuera jurado. Su nombre era prenda de garantía para el fallo. No solamente se leía todos los escritos, sino que calificaba y les hacía comentarios. Al morir, se encontró una pequeña libreta donde tenía analizadas todas las novelas de un concurso que se fallaría un mes después.

A veces los juicios estaban cargados de humor. "Después de escribir ese cuento, el Seguro Social le dio incapacidad permanente total", decía alguna vez de una de nuestras glorias literarias. Luego de un concurso en el cual se presentaron más de 600 cuentos, decidimos hacer un "Manual para jurados de concursos de cuentos" que tenía instrucciones como éstas:

Primero: "Evítese leer todo aquel cuento que empieza en una fría tarde de invierno. El final es igualmente previsible". Segundo: "Los cuentos cuyos títulos a continuación se enuncian, ya fueron leídos, juzgados y rechazados en por lo menos diez concursos anteriores...". Con este método se podía hacer una preselección, de manera que al final sólo se leerían conscientemente diez o veinte trabajos.

A propósito de esos cuentos que reiteradamente se encuentran en los concursos, don Germán escribió: "Hay inclusive cuentos muy malos a los que he llegado a tenerles un cierto afecto de tanto encontrarlos en todos los concursos, sin que nunca lleguen siquiera a ser mencionados. Se convierten en algo muy parecido a esos conocidos que nunca llegan a ser amigos, pero a quienes se ve con cordialidad porque parece que inspiran "ese cariño que uno le tiene a los zapatos viejos".



Este mítico personaje de *Cien años de soledad*, envuelto siempre en una nube de humo de tabaco negro, había sido locutor de noticias, vendedor de libros, lector incansable, amigo total de los amigos, director de Inravisión, pero sobre todo, punto de contacto entre escritores y editores.

Desde que recorrió infructuosamente las editoriales bogotanas con el manuscrito de *El coronel no tiene quien le escriba*, hasta sus últimas actuaciones en los comités editoriales del Banco de la República, de la Fundación Simón y Lola Guberek, en Editorial Planeta o en Prolibros, su consejo a los editores era siempre atinado, siempre certero pues se había leído todo lo escrito en Colombia y su memoria era enciclopédica.

La muerte son pequeñas ausencias. ¡Ya no llegan a todos los rincones de Colombia los sobres de El Heraldo con la nota amable y el recorte de prensa donde religiosamente daba noticia sobre todo lo publicado en el país. Ya no existe más la charla alegre y generosa. Ya no más el gesto de guardar el paquete de cigarrillos en el bolsillo derecho. Ya no más la búsqueda de cuentos para la nieta!

Al morir José Félix Fuenmayor, escribió estas palabras perfectamente autobiográficas: "...El periodista y escritor que murió en Barranquilla natal, era uno de esos hombres de quienes uno no llega a pensar nunca que han de morir un día. De una juventud espiritual inextinguible y una inquietud intelectual insobornable... era el típico barranquillero inte-

gral. De una inteligencia natural sin alharaca, discretamente alegre, generoso y cordial, tenía una sinceridad sin trastienda y una sencillez que desconcertaba a quienes no le habían tratado suficientemente".

La última vez que vino a Bogotá, traía un pequeño tesoro envuelto en una bolsa de plástico. Eran las Ediciones Príncipe del *Libro de las canciones* de Federico García Lorca y de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda que le había dejado de recuerdo el Sabio Catalán antes de partir definitivamente a Barcelona. Ese viernes los entregó a María Mercedes Carranza para que reposaran en la Casa de Poesía Silva. Ni él mismo sabía que con ese gesto se estaba despidiendo. Misteriosas formas de cortesía tiene la muerte.

¡Adiós, don Germán!

JUAN LUIS MEJIA

(Tomado de: Gaceta: Colcultura (Bogotá), sept./oct. de 1991, pág. 1).



LA MUERTE DE GERMÁN VARGAS CANTILLO

Dejó de escribir "Un día más"

A la edad de 72 años murió el periodista y escritor Germán Vargas Cantillo. Fue uno de los intelectuales más brillantes de nuestro país y descubridor de talentos, que entregó su vida a la literatura y el periodismo.

La imagen que muchos tienen de él es la de un hombre serio y de mirada inquisidora con la que trataba de adivinar los sentidos más ocultos de las palabras, las personas y las cosas. Ello quizá le ayudó a darse cuenta de los valores que ocultaban los libros de sus amigos, y sus amigos siempre afirmaron que sus juicios eran certeros, amables, contundentes y sin duda realizados con el sentido de la amistad. Por eso cuando Gabriel García Márquez clamaba por una opinión en la cual creer y aceptar, no dudaba en pedírsela a Germán Vargas Cantillo.

Nació en 1919 en Barranquilla, la mitológica ciudad de arena y de mar que pasó de pueblo a metrópoli al



ritmo de los olores, los sabores y las algarabías propias de las gentes del Caribe. Ciudad que sirvió a toda una generación para animarse a descubrir un territorio y un universo. Allí se formó Germán Vargas, uno de los personajes que aparecen en *Cien años de soledad*. Animador, al lado de *El cabellón* Cepeda, Alfonso Fuenmayor, Alejandro Obregón y García Márquez, entre otros, de la tertulia de *La Cueva*, sitio legendario donde una generación descubrió el valor de la amistad, el alegato, la palabra colgada a la belleza, los libros, la literatura y la importancia de perder el tiempo hablando de todo o de nada.

Nunca supo, en aquel entonces, que de esta generación se hablaría, como de los piratas y los bucaneros, por todos lados. Por los barrios de Barranquilla, por los bares de mala y buena muerte, por los lugares en

donde el pecado es una manifestación deliciosa del alma, por los vientos del Caribe y hasta por la gente que miraba por encima del hombro y habitaba en mansiones frías rodeadas de pálidas montañas.

Germán Vargas tuvo la fortuna de leer, primero que todos, los originales de sus originales compañeros de farra, parranda, delicias, lecturas y muchas otras cosas que el viento del mar y del río se tragó para siempre. Su juicio era esperado con ansiedad. De sus lecturas había desarrollado un acendrado sentido para encontrar calidad entre las apretadas letras de un texto literario. Su formación le llevó a saborear, con exactitud, el valor y la calidad de un relato.

Además de ser profesor, dedicó gran parte de su vida al periodismo. Allí se destacó por su equilibrio, por un sentido muy particular de encarar el lenguaje. Lo suyo era la economía de las palabras, la capacidad para incitar lecturas, el permanente llamado a la inteligencia del lector por su agudeza y su profundidad. Crítico de mucha visión fue, entre muchos, un descubridor de obras y de formas para ejercer el oficio de la literatura.

Escribió varios libros de gran importancia. Entre ellos *La violencia diez veces contada*, *Voces, 1917-1920* y *Cinco semblanzas*, entre otras. Ayer, en forma silenciosa, se fue del mundo un hombre que todos los días con la puntualidad de un ángel llegaba al periódico *El Heraldo* a escribir su columna *Un día más*.

Con su muerte, ha quedado vacía otra silla en *La Cueva*: el amigo ha marchado, como en su momento se



fue la risa explosiva de Cepeda Samudio o muchos otros que, acodados en las mesas brillantes y aceitadas escribieron, casi sin darse cuenta, páginas completas e inolvidables de la historia de un universo real y maravilloso.

GILBERTO BELLO

(Tomado de: *El Espectador* (Bogotá), mayo 25 de 1991, pág. 9A).

JAMAS SOLEMNE

Esta fue una entrevista en la que lo que interesaba era el hombre y no las eternas historias sobre el Grupo de Barranquilla y su relación con Gabo. Al final estos temas fueron inevitables. El mismo preguntó ¿no me vas a preguntar?

Nada como una entrevista no sacada a tiempo. Que ésta, en cambio sea un homenaje al maestro Germán Vargas. Gozaba de la vida. Gozaba de los libros y de los buenos platos. Había leído todo. Tenía antenas para descubrir libros maravillosos. Nunca dejó de ser un muchacho.

Germán Vargas Cantillo fue y será un ser extraordinario. Alma profunda, piel morena, ojos azules. Caminaba como si no quisiera llegar a ninguna parte. Como un hábito de costumbre inclinaba un poco el cuerpo para sacar del bolsillo sus cigarrillos Pielroja que fumaba con placer. Sus kilos de más eran orgullo de los años; su tranquilidad, un don ganado de la vida: con orgullo afirmaba "para mí no hay problemas y si los hay les saco el quite". Su no ambición era una muestra de esa sabiduría desprevenida y alegre que siempre llevaba en la voz grave y la carcajada en la boca. Pocas veces decía 'jamás', pero lo afirmaba rotundamente y con certeza cuando anotaba "jamás he sido solemne".

La frescura para Germán Vargas era parte de su encanto personal; eso le daba libertad y agilidad. Le encantaban los cuentos; no podía negar nunca la herencia de la tradición oral costeña, siempre tan repleta de